





TAN SOLO UN SEGUNDO



Isabel de Zavala

# TAN SOLO UN SEGUNDO



Primera edición: septiembre 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Isabel de Zavala

ISBN: 978-84-18366-76-5

ISBN digital: 978-84-18366-77-2

Depósito legal: M-21380-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5. Local

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mis hijos*



*¿La cuestión de la fe? Me la planteo todos los días, sin cesar. He dicho no. He dicho no a Dios, si se me permite expresarme de esta manera brutal; pero la cuestión se replantea a cada instante. Estoy obsesionado, digámoslo claramente, obsesionado, si no por Dios, por el no-Dios. Así es.*

JEAN ROSTAND

*La mayor tragedia del mundo es que Dios calla.*

ANÓNIMO



# 1

Agarro la mano de papá en un intento de disipar el malestar que me envuelve cada vez con más fuerza. Hemos llegado pronto, demasiado para mi gusto, porque pienso que la hora y media larga que falta para que empiece la procesión se me hará eterna.

Mamá no ha querido acompañarnos. Dice que pasar tanto tiempo de pie la deja los riñones baldados y que al día siguiente no será capaz de hacer el itinerario de las siete iglesias que este año ha elegido papá para recorrer las estaciones.

Las raras veces que hemos pasado la Semana Santa en Madrid, he visto el transcurrir de los pasos y los nazarenos desde el balcón de la casa que tía Lola, la hermana mayor de mamá, tiene en la calle de San Justo, pero este año es ella la que ha decidido cambiar de aires y se ha ido, con su marido y sus hijos, a Baena, donde a estas horas estarán rodeados del estruendo de tambores golpeados por los coliblanco y colinegro.

Papá quiere ver la salida del Gran Poder y la Macarena, dice que todos los años se queda con las ganas y yo me he empeñado en acompañarle.

Cuando llegamos a la Colegiata de San Isidro, la gente ya se arremolina alrededor de los pasos que, preparados en el interior, esperan para recorrer las calles ese Jueves Santo. El olor a cera e incienso se mezcla con el de los perfumes que emanan de las mujeres, muchas de ellas engalanadas con mantilla, y con el del sudor que las apreturas provocan en los hombres.

Salimos fuera y nos colocamos en la acera de enfrente. Desde

nuestra posición estratégica puedo observar las tres grandes puertas por las que se accede al templo. Hay que subir unas escalinatas, ahora convertidas en rampas por unas planchas metálicas, para facilitar la entrada y salida de los pasos. La central tiene arriba una hornacina con dos estatuas de piedra que según me dice papá representan a San Isidro y su mujer, Santa María de la Cabeza.

—San Isidro era labrador —me cuenta papá para hacer más liviana mi impaciencia—. Un día su hijo cayó a un pozo y su padre se puso a rezar. Dicen que, gracias a su oración, las aguas del pozo subieron y pudo rescatar a su hijo.

También me explica que ha sido la catedral de Madrid hasta el año pasado, 1993, en el que abrió sus puertas la catedral de la Almudena. ¡Y yo que pensaba que todas las catedrales habían sido construidas hacía cientos de años!

El cansancio y el malestar que empezaba a sentir remiten cuando, a mitad de la espera, desfila delante de nosotros la procesión de Jesús el Pobre. La imagen, con las manos atadas y la larga melena me transmite cierto temor reverencial. El paso lleva tres largas andas por delante y otras tres por detrás, portadas en total, si no me he equivocado al contar, por 30 anderos que lo levantan y mecen con seguridad y ternura al ritmo marcado por tambores y trompetas.

A partir de ese momento, el entorno se empieza a llenar de gente y yo me siento perdida y casi asfixiada en el maremágnum de turistas, devotos y curiosos que nos empujan para lograr un sitio en primera fila.

Papá consigue mantener nuestro puesto privilegiado a base de unos cuantos codazos y protestas. Agarrada de su mano empiezo a desear haberme quedado con mamá frente al televisor, cuando las figuras de los negros nazarenos, con anchos cinturones de esparto, que escoltan a la figura de Nuestro Señor del Gran Poder, empiezan a dejarse ver y poco a poco las luces oscilantes de las velas que iluminan el paso se hacen cada vez más cercanas con el avance de las pisadas de los 35 costaleros que siguen las indicaciones del capataz que dirige las maniobras de salida.

Prorrumpimos en aplausos cuando llegan a la calle. Mientras hacen una parada papá me explica que el paso pesa más de 1.000 kilos, que el Cristo es obra del escultor sevillano José Rodríguez, que la primera vez que procesionó fue el Viernes Santo de 1946 y que en 1987 el rey Juan Carlos I otorgó a esta cofradía el título de Real Hermandad. ¡Caramba, no imaginaba yo que papá supiese tantas cosas!

En la que es la tercera *levantá*, los costaleros, guiados por el capataz y el contraguía, proceden a efectuar un *revirao* para enfilarse por la calle Toledo y efectuar su recorrido por las angostas y estrechas calles del Madrid de los Austrias.

La talla sobria, majestuosa, de Jesús portando sobre sus hombros una enorme cruz, pasa ante mis sorprendidos ojos. Nunca he podido contemplarlo tan de cerca. Me parece que cuando marcha por la calle Toledo, me dirige una mirada de tristeza. ¿De verdad soy yo también responsable de su muerte?

No puedo seguir con mis cavilaciones. En la puerta central de la iglesia, multitud de cirios se acercan hacia nosotros y la Virgen de la Macarena, aparece bajo el palio de terciopelo burdeos, Ni el manto realizado en oro sobre terciopelo verde, ni la riqueza de los varales o de las jarras de plata, ni la profusión de flores blancas que la acompañan, pueden mitigar el gesto de dolor de su cara, ni secar las lágrimas de sufrimiento inusitado que surcan sus mejillas enrojecidas.

A través de la inocencia e inexperiencia de mis ocho años, trato de imaginar la angustia sentida por la Virgen mientras su Hijo es conducido hacia la muerte en medio de gritos amenazadores y de personas que disfrutan con el espectáculo sangriento que tienen ante sus ojos. Todo me parece algo irreal, sumido en el vaho de la fantasía que también rodea mis sueños infantiles.

Después de salir de la iglesia acompañada de vítores y piropos de ardientes devotos, mientras tambores, trompetas y trombones entonan el himno nacional, el rostro de la Macarena queda perfilado ante mí en ese atardecer de marzo. Las cejas arqueadas, bajo

las que puedo advertir los párpados hinchados a causa del llanto, acompañan una mirada dirigida levemente al suelo.

Me parece tan real, tan cercana, que mi interior se llena de asombro y agradecimiento por haberme permitido vivir esa experiencia que yo, en esos momentos, considero única.

Poco a poco la giran hacia derecha e izquierda para que todo el mundo pueda llevarse, impresa en la retina, la imagen de esta Virgen, luz y esperanza para su vida.

Poco me importan las explicaciones de papá sobre si va sobre una peana cincelada en plata, las más de 2.000 rosas blancas que lleva, el manto que tejieron unas monjitas de Cádiz, los 50 kilos de peso que debe soportar cada costalero, los 12 varaes que sostienen el palio, las bambalinas que caen de los lados o la Virgen de la Almudena que lleva bordada en la gloria. Solo tengo ojos para esa cara tan afligida, tan desolada y, sin embargo, tan llena de encanto.

Los costaleros, a instancias del capataz, vuelven a alzar los cientos de kilos del paso sobre sus espaldas y meciéndolo con singular arte y destreza, se alejan de mi vista mientras la primera saeta es desgranada por un hombre asomado al balcón de una de las casas que dan a la Plaza de Segovia.

—Ahora te voy a llevar a la Plaza Mayor a tomar un bocadillo de calamares.

La voz de papá me saca del ensimismamiento en que me ha envuelto la visión de ese rostro adolescente surcado de una amargura indecible.

Sorteamos a la gente que abandona la formación ejecutada a lo largo de las aceras que bordean las calles por donde ya ha trascurrido la procesión. Unas pequeñas protestas de mi estómago hacen que empiece a abandonar mi misticismo y caiga en la cuenta de que, con tanta emoción, me he saltado la merienda.

—¿Falta mucho?

—¿Para qué, cariño? —responde papá mientras vamos por la calle de la Lechuga, cuyo nombre me incita a generar más jugos gástricos.

—Para el bocadillo.

Papá alza la cabeza y estira un poco el cuello.

—Es ahí mismo.

El local es pequeño y me alegro de que no tenga mesas libres. Huele a fritos, a cerveza y a la bulla de las conversaciones, se suma el vocerío de los pedidos.

—¡¡¡Tres de calamares, dos cañas y un vino!!!

Y una mano experta echa anillas rebozadas en una gran freidora mientras con la otra saca las ya cocinadas.

En cuanto tengo en mis manos la servilleta de papel que abraza un pan relleno de exquisitos aros dorados, me escurro hacia la calle.

—Qué, Paula, ¿te ha gustado la procesión?

Asiento con la cabeza mientras lucho por meter en mi boca un calamar que se resiste a ser partido en un trozo más pequeño y cuelga entre mi boca y el pan. Después de una ardua pelea consigo engullir el discoloro cefalópodo y muy seria miro a papá.

—¿Sabes una cosa?

—Dime tesoro.

—Si yo hubiese sido Pilatos, habría defendido a Jesús y no hubiese dejado que lo mataran.

Papá me sonrío.

—A veces las cosas no son tan fáciles de decidir y los hombres nos comportamos como cobardes.

—Pero, papá, ¡con la cantidad de cosas buenas que había hecho y la de gente que había curado...! ¿Cómo podían dudar de Él? Yo, jamás voy a tener dudas, siempre le querré y no le abandonaré.

Papá coge mi mano y la estrecha en la suya, grande, protectora, segura.

—Ojalá —murmura. Y sin saber por qué, tengo la impresión de que cierta tristeza indefinida ensombrece su semblante.

